


Vicuña Mackenna juzgado en el Perú

El año pasado se dió a la estampa en Lima una edición de «La revolución de la independencia del Perú», uno de los libros de juventud de Vicuña Mackenna. Es interesante conocer el prólogo que lo encabeza, suscrito por Luis Alberto Sánchez, escritor ventajosamente conocido por sus investigaciones históricas. En estos días, en que las negociaciones para resolver el viejo pleito de Tacna y Arica se intensifican, y en que la personalidad de Vicuña Mackenna parece recobrar nuevo vigor gracias al reciente libro de Ricardo Donoso, tienen un palpitante interés las páginas que reproducimos a continuación.

 QUÉ significa este libro de Vicuña Mackenna en los actuales momentos? ¿Qué representa reeditar un libro impreso hace, justamente, sesenta y cuatro años, cuando tantas publicaciones posteriores han esclarecido enormemente la cuestión tan discutida de nuestra participación en la guerra emancipadora? Quizá parezca sólo obedecer a un propósito de especulación editorial; mas, para quienes investigan un poco menos superficialmente las cosas del pasado, el libro de Vicuña Mackenna tiene un triple prestigio: la versación de su autor, su nacionalidad y la viveza de su estilo. Si a esto se añade que el problema está aún sobre el tapete, que todavía se discute la actitud peruana frente al movimiento emancipador, y en libros y en folletos recientes, diversas opiniones pugnan por ganar la supremacía, he aquí que la reedición de un libro—muy raro ya, por lo demás—como el de Vicuña, adquiere relieves más resal-

tantes que el de cualquiera otra obra, por mucha que sea la importancia del tema que analice.

No se encuentra en librerías y es raro hasta en las reventas de libros viejos, el ameno folleto que sigue a estos renglones. Las ediciones antiguas, por lo cortas, perduran poco; es decir, pasan muy pronto a ser joyas bibliográficas. Sin andar muy lejos, el monumental *Diccionario histórico biográfico* del general don Manuel de Mendiburu, empezado a publicar en 1874 y terminado en 1890, cuando había muerto ya su autor, es muy difícil de adquirir, debido al corto tiraje de su edición. No otra cosa ocurre con libros de menor valía. Y con el de Vicuña Mackenna, tan interesante y tan jugoso, ha pasado lo propio. Se le busca inútilmente y, cuando se le halla, hay que pagar precios exorbitantes por un ejemplar de la primera edición hecha, precisamente, también en Lima, en los talleres de «*El Comercio*», el año 1860.

Benjamín Vicuña Mackenna tiene una personalidad tan definida y rotunda en la historia americana, que resulta pleonasma repetir aquí algo de su vida y de sus obras. Para los lectores menos familiarizados con las cuestiones del continente, si es preciso bosquejar a las volandas, como para dar una idea aproximada, la tarea del autor. No es de los advenedizos de la Historia. Si es verdad que su estilo se encrespa fogoso, si es cierto que describe con acentos patéticos y narra con extraordinario fervor, también es cierto que su erudición convence por lo profunda y auténtica; y que no desdeña mostrar, como diría Prescott, los andamios de sus obras, para que otros más afortunados o más perspicaces completen o rectifiquen lo escrito por él.

En la bibliografía chilena, Benjamín Vicuña Mackenna ocupa un lugar preeminente. No tiene, es verdad, la acuciosidad investigadora de José Toribio Medina, el más grande bibliógrafo de Hispanoamérica; pero, no cede ante Diego Barros Arana, el erudito historiador de Chile, ni ante Lastarria, Gonzalo Bulnes, los Amunátegui y cuantos trabajaron y trabajan el pasado chileno con fervor y sapiencia.

Vicuña Mackenna lleva sobre todos una ventaja enorme: la de su estilo. Estudia, investiga, analiza, y, luego, todo lo describe con un fuego que arrebató y a menudo recuerda el impulso de los grandes oradores. Al decir esto, por fuerza hay que recordar nuestra página acerba; aquella que aniquiló a la Patria durante largos años y nos dió, al fin, la conciencia de nuestro verdadero rumbo. Me refiero a la guerra del 79. Vicuña Mackenna, como Barros Arana, escribió la historia de la campaña. En gruesos volúmenes refirió, naturalmente con apasionamiento patriótico y hostilidad para nosotros, la guerra inolvidable. Mas, el criterio histórico, el criterio desapasionado y, aún mejor dicho, el patriota de verdad, no puede menos de lamentar que, mientras la historia de la guerra la escribieron por parte del Perú, don Mariano Felipe Paz Soldán, documentado, pero pesado y sofo, y Tomás Caivano, también deficiente y sin vuelo; del lado de Chile, Barros Arana, paciente y lógico, y Vicuña Mackenna, exaltado y vibrante, encubrieron la injusticia criminal de aquella contienda inexcusable, bajo la maciza erudición del uno y los épicos arranques del otro. Por eso, José de la Riva Agüero, al comentar en *La historia en el Perú* esta circunstancia, califica a la «extensa y brillantísima» narración del chileno Vicuña, como «especie de epepeya a lo Michelet».

Toda su vida la dedicó Vicuña Mackenna a la historia. A los dieciocho años, en 1849, publicó su primera obra de esta índole, titulada *El sitio de Chillán*; y desde entonces no dejó de trabajar ahincadamente, de investigar siempre, aunque las veleidades de la política y los menesteres de su profesión de abogado le distrajeran frecuentemente y le echaran por extrañas playas, en busca de la libertad de que se le privaba en su patria, en épocas de dudosas y violentas situaciones políticas.

Había nacido en Santiago el 25 de Agosto de 1831. A los nueve años empezó sus estudios, terminándolos a los dieciséis. A los diecisiete principiaba su carrera de Leyes, que culminó a los veintiséis en que optó al ansiado título de abogado. Durante esta época de estudiante, fué revolucionario y hubo de

sufrir persecuciones. Emigró. Viajó por Europa y Norteamérica. Estuvo en contacto siempre con los elementos políticos de su país, y, así, al regresar a Chile, desempeñó cargos elevados y fué Intendente de Santiago. Ahí no paró su carrera pública. Le eligieron varias veces diputado y senador, y, en 1875, cuatro años antes de que estallase la guerra entre el Perú y Chile, figuró como candidato a la Presidencia de la República. Eran los días inmediatos a las reformas introducidas por el Presidente Errázuriz, en virtud de las cuales se transformó bastante la organización social de Chile, combatiendo activamente los abusos de los conservadores, y reformando la constitución jurídica de la República. Sucesor de Errázuriz, en aquel año de 1875, en que éste renunció, fué don Aníbal Pinto, cuñado del general Bulnes y yerno del general Cruz. Siendo Pinto Presidente, estalló la Guerra del Pacífico.

Vicuña Mackenna escribió como he dicho, la *Historia de la campaña de Tarapacá* (dos volúmenes), *Historia de la campaña de Tacna y Arica* y la *Historia de la campaña de Lima*. En gruesos volúmenes, llenos de citas y notas, relata con bríos nuestra derrota, los incidentes de aquella guerra tremenda y sin cuartel, que, con la del Paraguay, constituye uno de los grandes crímenes que el Continente lleva sobre sí. Guerras disolventes, como las califica en algún libro Francisco García Calderón; guerras execrables, llevadas a cabo con odio sin precedentes, con rencores increíbles, con una saña y una crueldad que aún duele en las carnes de los vencidos el recuerdo de aquellos años trágicos...

...Me ocupaba de Vicuña Mackenna... El mismo año que terminó la guerra definitivamente, en 1884, el historiador se retiró a la vida privada. Dos años después, el 25 de Enero de 1886, moría en su fundo de Santa Rosa de Colmo.

Por recordar algo de su tarea, nombraré, además de las obras citadas y de ésta que ahora reedita la Editorial Garcilaso, las siguientes: *Ostracismo de O'Higgins*, *Historia de Valparaíso*, *Historia de Santiago*, *Los Médicos de Antaño*, *Relaciones Históricas*, *Album de la Gloria de Chile*, *La Jornada*

del 20 de Abril de 1851, *Ostracismo de los Carreras, Historia de los 10 años de la Administración de don Manuel Montt, Vida del general Mackenna, Vida de don Diego Portales, Juan Fernández, La Guerra a Muerte*; dirigió la publicación de la *Historia General de Chile*, con la colaboración de Lastarria, Barros Arana, Sanfuentes, etc.

La calidad de chileno del autor de *La Revolución de la Independencia del Perú*, tiene más importancia de la que aparenta, por la oportunidad de la reedición. Precisamente, en las vísperas del Centenario de 1921, el Ministerio de la Guerra de Chile publicó una obra del capitán Moreno Guevara, en la cual se sostiene que la libertad del Perú se debió en gran parte a los auxilios chilenos y que los peruanos no realizamos el menor esfuerzo por vernos libres, sino que, antes bien, pugnamos por permanecer dependientes de España, enamorados del yugo y de la servitud. Felizmente es con palabras de otro chileno de grandes merecimientos, al cual podría añadirse el testimonio de Gonzalo Bulnes, con el que se destruye la peregrina invención del señor capitán aquel.

¿Y este libro de Vicuña Mackenna?

El tema es demasiado sugestivo para poder inmunizarse de su influjo. Se ha escrito tanto sobre nuestra pretendida adhesión incondicional a la monarquía española y tanto se ha voceado nuestro odio a la Independencia, que exaspera rozar el tema, sin echar su cuarto a espadas acerca de aquel tópico. Quien más quien menos, todos hemos leído u oído decir que los peruanos no hicimos nada por nuestra emancipación. En otros países he escuchado el consabido estribillo de «cuando Bolívar fué a independizarlos», o el otro de «cuando San Martín les dió la libertad».

Nosotros tampoco rectificamos nada. Nos limitamos a desdenes o lamentos. Pero la historia no guarda gran memoria de semejantes medios. A la opinión hay que ganarla con razones o con calumnias, pero siempre con algo que no sea el silencio culpable de los cómplices.

Al publicar *La revolución de la independencia del Perú*, rea-

liza el editor obra de verdadero patriotismo y de bien entendida propaganda nacionalista. No es un peruano el que describe la efervescencia de los años anteriores a la llegada de la expedición libertadora de San Martín. Es un chileno quien lo cuenta. Voz imparcial, por lo menos, si no enemiga. Voz autorizada por una obra preñada de enseñanzas; por una vida hecha a base de esfuerzo y de labor.

LUIS ALBERTO SANCHEZ.